

Presencia y testimonio del amor de Dios

Conversando con Alfonso Comín, en la larga, cordial discusión que intermitentemente volvíamos a poner en marcha, me pareció una vez necesario hacer un inciso, aun hiriendo su modestia, a modo de advertencia para que los presentes no cayeran en malentendidos: “Alfonso es un santo”. Ahora me vuelve a parecer necesario decirlo, como base para hablar un poco sobre su obra y su ejemplo. Porque “santo” es, quizá, aquél en quien se borran las fronteras entre lo divino y lo suyo individual, de modo que, desde fuera, cabe verle como alguien dotado de una especial gracia personal, pero, atisbando más adentro, en la medida en que se empieza a tener un poco de comunidad con su fe, cabe entrever cómo se ha convertido en presencia y testimonio del amor de Dios.

Alfonso Comín —lo saben todos—, a la luz de la fe, asumió una misión que, a pesar de los riesgos y sacrificios que implicaba, no le volvió unilateral, sino que le hizo aún más atractivo, cariñoso e incluso irónico ante los demás. Esa misión fue política, y en ella triunfó personalmente, demostrando lo que quería demostrar, aunque el contexto general —en el país— sea el de una vasta y mansa derrota. Hace treinta años, en efecto, hubiera parecido monstruoso que alguien fuese, a la vez, directivo comunista y cristiano intensamente piadoso: hoy día ninguna de las dos instancias, ni la sociedad en general, niegan la posible legitimidad de un caso así, y hasta cabe el peligro ya de que ambas instancias consideren conveniente tener una pequeña minoría de casos tales entre sus filas, por razones un tanto ambiguas.

Para Alfonso Comín, y para cualquier cristiano con los ojos suficientemente abiertos ante un horizonte suficientemente amplio, su fe implicaba amor al prójimo, amor —según está dicho de sobra en los Evangelios— manifestado ante todo en la ayuda a los necesitados —que, además, hoy por hoy y en el horizonte de nuestras vidas posibles, son la inmensa mayoría de la humanidad, aunque la democracia numérica no le importe mucho al cristiano. El sistema capitalista, con su vasto e imparable proceso de acumulación explotadora, es —insisto, para quien abra bien los ojos— el peor enemigo de las masas pobres —por lo menos. Frente a él, cabe otra alternativa económica, basada en la propiedad

estatal, el sistema llamado “socialista” o “comunista” —*tertium non datur*, dicho en términos escolásticos, hoy por hoy. Y hay que optar, porque el no optar ya es una opción. Pero —y aquí empezaba nuestra interminable discusión— puede haber quien opte por el segundo término como aceptando el “mal menor” —“mal menor” que es “bien mayor” para la inmensa mayoría de la humanidad, a menudo diferencia entre vivir o morir—, sin necesidad de creer que el hombre y la historia tiendan hacia la perfección, o puede haber quien, como Alfonso Comín, al hacer esa misma opción, por su mismo amor al prójimo, lo haga con más esperanzas, y se sienta cercano al humanismo marxista y su optimismo histórico, creyendo en una gradual elevación futura —no sólo material— que pudiera llevar al mundo hacia un nivel preparatorio de la gloria de la Segunda Venida de Cristo.

En un plano teórico y teológico, cabe la discusión entre estos dos modos de entender la misma opción; pero los distinguos y pesimismos son siempre buenas excusas para no hacer nada, y Alfonso Comín, con su santidad, resolvió todo dilema y toda duda lanzándose a la acción, para sufrir la cárcel y arriesgarse a lo peor. Y no es que su inteligencia fuera ciega y fanática, sino que su amor hizo que aun la misma ironía, que en otros lleva a la parálisis y al egoísmo, en él fuera risueño sentido del humor, capacidad para no tomar en serio su propio heroísmo. Aquella máxima que tan fría nos resultaba cuando nos llegaba como parte de la pedagogía católica —“trabajar como si todo dependiera de nuestro esfuerzo; creer y rezar como si nuestro esfuerzo no sirviera para nada”— en Alfonso Comín fue vida y amor.

Para mí, la vida de Alfonso Comín encarna una de las grandes formas posibles de la vida cristiana —formas no excluyentes: el contemplativo no es políticamente indiferente; el activista, el buen samaritano, tiene en la oración su oculto centro motor—, pero no serviría como modelo y exigencia si no fuera más que ejemplo de algo general, si no hubiera sido atractivo como *persona*, como aquél en cuya luminosa mirada no sabíamos ni queríamos distinguir qué era amor suyo y qué era mirada de Dios a través de sus ojos.

JOSE MARIA VALVERDE